

Lección 16
12 de abril de 1967

Non licet omnibus adire?... puesto que nadie termina: *Corinthium*.¹ La primera palabra la pronuncié a la latina, para sugerirles esta traducción que... “¡no es el autobús para ir a Corinto!” El adagio que nos fue transmitido en latín de una fórmula griega significa más, yo creo, que el comentario de que ¡en Corinto las prostitutas eran caras! Eran caras, porque los iniciaban a algo. Diría entonces que no basta con pagar lo que vale; era esto lo que quería decir la fórmula griega.

No le está dado a todos, tampoco, el... (comillas): “llegar a ser psicoanalista”.

Pasa lo mismo, desde hace siglos, en lo que concierne a ser géometra: *Que sólo entre aquí...* ya saben lo que sigue: *quien sea géometra*. Esta exigencia está inscrita en el frontón de la escuela filosófica más célebre de la Antigüedad e indica bien de qué se trata: la introducción a un cierto modo de pensamiento, que podemos precisar con un paso más, a saber, que se trata de *categorías*.

Categorías quiere decir (como ustedes lo saben), en griego, el equivalente de la palabra “predicamentos” en latín²: lo que es lo más radicalmente predicable para definir un campo.

Esto es lo que acarrea consigo un registro especificado de demostración. Por eso, luego de la exigencia platónica se escuchó manifestarse reiteradamente la pretensión de demostrar *more geometrico*; esto da fe de hasta qué punto dicho modo de demostración representaba un ideal.

Se sabe –se quisiera que ustedes supieran, se lo señalo tanto como puedo, es decir, en los límites del campo que me está reservado a mí– que la metamatemática llega ahora, en el abanico de las refacciones categoriales que han escandido históricamente las conquistas de lo geométrico, que esta metamatemática, digo, llega a radicalizar más aún el estatuto de lo *demonstrable*.

Como lo saben, cada vez más, la geometría se aleja de las intuiciones que la fundan (espacial, por ejemplo) para dedicarse a no ser ya sino una forma especificable, y además diversamente escalonada, de demostración. Hasta el punto en que al final, la metamatemática ya no se ocupa sino del orden de este escalonamiento, con la esperanza de llegar, para la demostración, a sus más radicales exigencias.

¹ Transposición por Horacio (*Epítetos*, I, 17, 36 de la fórmula griega, que se encuentra por ejemplo en Strabon, *Geografía*, 8, 6, 20: ου παντὸς ἀνδρὸς ἐς Κόρινθόν ἐσθ' ὁ πλοῦς.

² Griego: Κατηγορία, plural: -αι; latín: *praedicamentum*, plural: -a.

Supongamos una ciencia que sólo pueda comenzar –en las refacciones así evocadas de un cierto campo– por su punto terminal. Inútil que tal ciencia intente una agrimensura, donde se ordenaría una primera familiaridad con lo mensurable, hasta la transmisión de las fórmulas más burdas de convocación, que emergen singularmente bajo la forma de secretos de cálculo; quiero decir: inútil para tal ciencia, por lo menos engañoso y vano, detenerse en la etapa babilónica de la geometría. Y esto porque todo patrón de medida, hallado al comienzo, acarrea consigo la mancha de un espejismo imposible de disipar.

Esto es lo que señalamos primero en nuestra enseñanza, al denunciar (sin nombrarlo aún con su término, tal como lo hemos precisado, como lo “imaginario”) los engaños del narcisismo, cuando establecimos la función del *estadio del espejo*. Encontrar tal obstáculo constituyó la suerte de muchas ciencias, en efecto. Y ahí se sitúa el privilegio de la geometría.

Por supuesto, aquí se nos ofrece, casi de entrada la pureza de la noción de magnitud. Que no sea lo que un vano pueblo piensa no tiene porque retenernos aquí. Para la ciencia que suponemos, la tabladura es muy diferente: no se trata únicamente de que el patrón de medida resulte inoperante allí, sino que la concepción misma de la unidad cojea allí, mientras no se haya realizado el tipo de igualdad donde se instituye su elemento, es decir, la heterogeneidad que allí se oculta.

Que se recuerde la ecuación del valor,³ en los primeros pasos de *El Capital* (de Marx, para los que lo ignoren... ¡nunca se sabe, tal vez haya distraídos!). En su escrito, patente en esta ecuación, es la proporción que resulta de los precios de dos mercancías: tanto de tanto igual tanto de tanto, relación inversa del precio respecto a la cantidad obtenida de mercancía. Pero, no se trata de lo patente, sino de lo que ésta oculta, de lo que la ecuación retiene en sí, que es la *diferencia* de naturaleza de los valores así conjugados y la *necesidad* de esta diferencia. En efecto lo que funda el precio no puede ser la proporción, el grado de urgencia, por ejemplo, de dos valores de uso, ni tampoco la de, ¡y con razón!, dos valores de cambio. En la ecuación de los valores, una interviene como valor de uso y la otra como valor de cambio. Se sabe que una trampa similar se ve reproducida cuando se trata del valor del trabajo.

Lo importante es que se demuestre, en esta obra “crítica” (como ella misma se intitula) que constituye *El Capital*, que al desconocer esas trampas, toda demostración resulta estéril o se desvía. La contribución del marxismo a la ciencia (no fui yo ciertamente quien hizo ese trabajo),

³ Marx Karl, *El Capital*, Libro I, La mercancía, 1ª sección, capítulo 1.

consiste en revelar eso latente como necesario en el comienzo, quiero decir, en el comienzo mismo de la economía política.

Pasa lo mismo para el psicoanálisis, y esta especie de latente es lo que yo llamo (así lo llamo yo), es lo que yo llamo la ESTRUCTURA. Ya he tenido mis reservas en cuanto a todo esfuerzo por ahogar esta noción –que hay que ceñir en los comienzos necesarios en un cierto campo que sólo puede definirse como el campo crítico– por ahogar esto en algo que identifico mal bajo el difuso nombre de “estructuralismo”.

¡No hay que creer que eso latente falta en la geometría, por supuesto! Pero la historia prueba que es en su final, ahora, que uno puede contentarse con darse cuenta de eso, porque los prejuicios que recaen en la noción de magnitud, que provienen de su manipulación de lo real no perjudicaron *por azar* su progreso lógico. Por supuesto solamente ahora se lo puede saber, al constatar que la geometría que se hizo ya no requiere de la medida, de la métrica ni tampoco del espacio *llamado* real.

No pasa lo mismo, les dije, con otras ciencias y la pregunta “¿por qué estarían las que no podrían arrancar sin haber elaborado esos hechos?” –digo *esos hechos*, que se pueden denominar últimos, como siendo de estructura– tal vez podemos desde ahora plantear esta pregunta como pertinente, si sabemos hacerla homóloga a esos hechos.

A decir verdad, estamos dispuestos a ello, puesto que esta estructura la hemos consignado tanto como practicado, por encontrarla en nuestra experiencia psicoanalítica, y porque nuestros comentarios –si los introducimos desde ciertas perspectivas, por lo demás triviales (paso así por caminos ya recorridos), sobre el orden de las ciencias– nuestros comentarios no dejan de apuntar a resultados tales que se requiera, en fin, que este orden, digo el orden de las ciencias, se le acomode.

Yo enseñaba, desde que enseñé (no desde que *escribo*, desde que *enseño*), que la estructura es que el sujeto sea un hecho de lenguaje; sea un hecho DEL lenguaje.

El sujeto así designado es aquello a lo que generalmente se le atribuye la función de la palabra.

Se distingue por introducir un modo de ser que es su energía propia (quiero decir, en el sentido aristotélico del término *energía*). Ese modo es el *acto* en que se calla. *Tacere* no es *silere* y sin embargo se recubren en una frontera oscura.⁴

⁴ "y sin embargo, ese recurso a una frontera oscura, escribir como se lo ha hecho..." [Dorgeuille].

Escribir, como se lo ha hecho, que es vano buscar en mis *Escritos* cualquier alusión al silencio, es una estupidez. Cuando inscribí la fórmula de la pulsión, arriba a la derecha del grafo, como *S tachado rombo de D* (la demanda), es cuando la demanda *se calla*, que la pulsión comienza.

Pero si no hablé del silencio es porque justamente *sileo* no es *taceo*. El acto de callarse no libera al sujeto del lenguaje. Aún cuando la esencia del sujeto, en ese acto, culmine –si él actúa⁵ la sombra de su libertad– ese *callarse* lleva el peso de un enigma, que hizo pesada, por tanto tiempo, la presencia del mundo animal. Ya no nos queda huella salvo en la fobia, pero recordemos que, durante mucho tiempo, allí se pudieron alojar dioses.

El “silencio eterno” de lo que sea (de todo lo que ustedes saben...)⁶ no nos espanta más que a medias por razón de la apariencia que da la ciencia a la conciencia común, al plantearse como un saber que se rehúsa a depender del lenguaje; sin que por ello esta pretendida conciencia se vea afectada por esta correlación: que, *al mismo tiempo*, se rehúsa a depender del sujeto.

Lo que sucede, en verdad, no es que la ciencia haga caso omiso del sujeto, es que lo vacía del lenguaje (quiero decir, lo expulsa), que se crea sus fórmulas de un lenguaje *vaciado del sujeto*. Parte de una prohibición sobre el efecto de sujeto del lenguaje. Esto sólo tiene un resultado, el de demostrar, en efecto, que el sujeto no es más que un efecto –y del lenguaje– pero que es un efecto de vacío.

En adelante, el vacío lo cierne, en lo más estricto de su esencia, es decir, lo hace aparecer como pura estructura del lenguaje, y ahí está el sentido del descubrimiento de lo inconsciente.

Lo inconsciente es el momento en que habla –en vez del sujeto– PURO LENGUAJE: una frase donde el asunto es saber quién la dijo.

El estatuto de lo inconsciente, que bien puede denominarse *científico* puesto que se origina por el hecho de la ciencia, es el sujeto que, rechazado de lo simbólico, reaparece en lo real; haciendo presente allí lo que ahora es hecho en la historia de la ciencia (quiero decir, cumplido) haciendo presente allí su único soporte: el lenguaje mismo. Es el sentido de la aparición en la ciencia de la nueva lingüística.

¿De qué habla el lenguaje mismo cuando se lo desarruma del sujeto –pero, con eso, se lo representa en su vacío estructural, radicalizado?

⁵ ¿“agite”? [agita]

⁶ Pascal, Blaise, *Pensamientos*: "El silencio eterno de esos espacios infinitos me espanta".

Eso lo sabemos. En líneas generales, habla... habla del sexo. De una palabra en la que, lo que voy a abordar, el acto sexual, para interrogarlo, *en la que el acto sexual representa el silencio*. Es decir, ya lo verán, cuán necesariamente de una palabra tenaz, obstinada, en forzar ese silencio, y con razón.

Me tomaré el tiempo, sin embargo [*¡Gloria, hágame llegar mi reloj!*], me tomaré el tiempo... [*¡gracias!*]... de disipar aquí, de una manera que no creo inútil, el primer prejuicio que se presenta, no es nuevo, por supuesto, pero esclarecerlo con una nueva luz tiene siempre su alcance, el primer prejuicio que se presenta en el contexto psicologizante. La *diferencia* –si se la constituye en referencia a la enunciación que acabamos de hacer al respecto, la única verdadera– de lo inconsciente, podría formularse por la caída, en nuestro enunciado, de un índice esencial a la estructura.

Entonces, como lo dije, este inconsciente hablaría *del* sexo.

Aquí la mente frívola –¡y Dios sabe cuánto abunda!– se traga ese *del*: “lo inconsciente habla sexo”, brama, estertorea, hace gorgoritos, maúlla, están todos los tipos de ruidos vocales de la palabra, es una “aspiración sexual”. ¡Tal es el sentido, en efecto, que supone, en el mejor de los casos, el uso que se hace del término *instinto de vida*, en la rumia psicoanalítica!

Todo uso equivocado del discurso sobre el sujeto tiene por efecto rebajar, ese discurso mismo, al nivel de lo que él fantasea *en vez del* sujeto. Ese mismo discurso psicoanalítico del que hablo es estertóreo. Estertorea para llamar la figura de un Eros que sería potencia unitiva y además, ¡con un impacto universal! Sostener como de la misma esencia lo que mantiene unidas a las células de un organismo y, quiero decir, de la *misma* esencia, la fuerza que se supone llevar al individuo así compuesto a copular con otro, es claramente del campo del delirio, en un tiempo para el cual la meiosis, creo, se distingue suficientemente de la mitosis, por lo menos en el microscopio, quiero decir, en todo lo que suponen las fases anatómicas del metabolismo que ellas representan.

La idea de *Eros*, de un alma con fines contrarios a los de *Tánatos* y que actuaría a través del sexo, es un discurso de “modistilla en primavera”, como se expresaba en otro tiempo el añorado Julien Brenda, tan olvidado en nuestros días, pero que representó, en un tiempo, esa especie de espadachín que resulta de una *intelligentsia* ahora inútil.

Si se necesitara algo para reemplazar a los extraviados en el eje de lo inconsciente *estructurado como un lenguaje* ¿no basta con la evidencia que proveen esos objetos que nunca antes se habían apreciado como podemos hacerlo: el falo, los diferentes objetos parciales?

Volveremos sobre lo que resulta de su intromisión en nuestro pensamiento, sobre el giro que han tomado los humos de tal o cual vaga filosofía contemporánea, más o menos calificada como *existencialismo*. Para nosotros, esos objetos dan fe de que lo inconsciente *no habla la sexualidad* (ni tampoco la canta), sino que al producir esos objetos, resulta, justamente lo que yo dije, *hablando de eso*. Porque esos objetos se constituyen por estar respecto a la sexualidad en una relación de metáfora y de metonimia.

Por muy fuertes, por muy simples que sean esas verdades, hay que saber que engendran una enorme aversión; pues es al evitar que estas permanezcan en el centro, que ya no puedan ser más que el pivote de toda articulación del sujeto, que se engendra esa especie de “libertad” insulsa, a la cual ya me referí más de una vez en sus últimas fases y que caracteriza la falta de seriedad.

¿Qué decir de lo que *dice*, sobre el acto sexual, lo inconsciente?

Yo podría decir, si quisiera actuar a lo Barbey d’Aurevilly: “¿Cuál es”, un día, él imaginó hacerle decir a uno de sus sacerdotes demoníacos que le gustaba imitar “¿Cuál es el secreto de la Iglesia?” El secreto de la Iglesia, lo saben ustedes, bien concebido para asustar a las viejas damas provincianas, es que no hay Purgatorio...

Así me divertiré yo diciéndoles lo que, tal vez, les produzca al menos cierto efecto, y en últimas no por nada escando lo que voy a decir de esta etapa: el secreto del psicoanálisis, el gran secreto del psicoanálisis, es que NO HAY ACTO SEXUAL.

Esto se podría sustentar, e ilustrar, recordándoles lo que yo llamé *acto*, a saber, esa duplicación de un efecto motor tan sencillo como “yo camino”, que hace simplemente que por *decirse* solamente, con un cierto acento, resulta repetido y, por esa duplicación, adquiere la función significativa que lo hace poder insertarse en una cierta cadena para inscribir ahí al sujeto.

¿Hay, en el acto sexual, ese algo donde *–siguiendo la misma forma–* se inscribiría el sujeto como sexuado, instaurando con el mismo acto su conjunción con el sujeto del sexo al que se llama opuesto?

Es muy claro que todo, en la experiencia psicoanalítica, habla en contra; que nada hay de este acto que no de fe de que no podría instituirse de este más que un discurso en donde *cuenta* ese tercero, que anuncié de manera suficiente recién por la presencia del falo y de los objetos

parciales, y cuya función tenemos ahora que articular, de manera tal que nos demuestre qué rol juega esta función en este acto. Función siempre resbaladiza, función de sustitución, que equivale casi a una especie de malabar y que ¡en ningún caso, nos permite plantear en el acto, me refiero al acto sexual, el hombre y la mujer opuestos en alguna esencia eterna!

Y sin embargo... borraré lo que dije del “gran secreto” que dije ser que no hay acto sexual, justamente porque no es un gran secreto, que es patente, que el inconsciente no cesa de gritarlo a voz en cuello y que es precisamente por eso que los psicoanalistas dicen: “cerrémosle la boca, cuando dice eso; porque si lo repetimos con él ¡ya no volverán a buscarnos! ¿De qué sirve, si no hay acto sexual?”

Y entonces, se pone el acento en el hecho de que hay sexualidad...

¡En efecto, es justamente porque hay sexualidad que no hay acto sexual! Pero lo *inconsciente* tal vez quiera decir que se lo falla! ¡En todo caso, bien parece!...

Sólo que, para que esto adquiera su alcance, hay que acentuar bien, primero, que el inconsciente *lo dice*.

Recuerdan la anécdota del cura que predica ¿ah? Predicó sobre el pecado. ¿Qué dijo? Estaba en contra... [risas] Pues bien, lo inconsciente, que también predica, a su manera, sobre el sujeto del acto sexual, pues bien, está *¡no a favor!*...

Es de ahí, ante todo, que conviene partir para concebir de qué se trata cuando se trata de lo inconsciente. La diferencia de lo inconsciente con el cura merece con todo que se la subraye a ese nivel: es que el cura dice que el pecado es el pecado, en cambio lo inconsciente tal vez, es el que hace de la sexualidad un pecado. Hay una pequeña diferencia...

Al respecto, el asunto consistirá en saber cómo se nos propone esto: que el sujeto ha de medirse con la dificultad de ser un sujeto sexuado.

Es por eso que introduje en mis últimos comentarios... logísticos, esta referencia de la que creo haber subrayado suficientemente a qué apunta, a establecer el estatuto del objeto *a minúscula*, referencia que se llama *número de oro*, en tanto da propiamente, de una forma fácilmente manejable, su estatuto a lo que está en cuestión, a saber, lo inconmensurable.

Partimos de la idea, para introducirla, de que en el acto sexual no se trata de ninguna manera más que de ese *a minúscula*, donde indicamos ese algo que en cierta forma es la *sustancia* del sujeto (si entienden esa sustancia en el sentido en que Aristóteles la designa en el ουσια, saber, lo que se olvida, porque lo que la especifica es justamente esto, que de ninguna manera podría

atribuirsele al sujeto, entendiendo el sujeto como el ὑποχείμενον) Ese objeto *a* minúscula, en la medida en que nos sirve de modelo para interrogar a aquel que es soportado ahí, no ha de buscar su complemento en la díada (lo que le falta para ser dos), lo cual sería bastante deseable. Es que la solución de esa relación, gracias a la cual puede establecerse el dos, radica enteramente en lo que sucederá en la referencia del *a*, el número de oro, con el *Uno* en tanto engendra esa falta, que se inscribe aquí por un simple efecto de suma⁷ y, al mismo tiempo, de diferencia bajo una forma *uno menos a* que, al calcularla (un cálculo muy simple, $1 - a = a^2$, que he escrito ya suficientemente en el tablero como para rogarles buscarlo ustedes mismos), se formula como *a al cuadrado*.

Lo recuerdo ahora únicamente para poner en la linde de lo que quiero introducir, sobre lo que es esencial articular para ustedes, como lo dije hace un instante, primero, en el comienzo de nuestra ciencia (a saber, lo que introduce necesariamente, aunque paradójicamente, a ese *nudo* sexual, donde se escabulle y nos huye el acto que constituye por el momento nuestro interrogante) el vínculo de ese *a minúscula*, en tanto representa aquí, lo ven ustedes, *darstellt*, soporta y hace presente primero al sujeto mismo; que es ahí el *mismo* que aparecerá en el intercambio, cuya fórmula vamos a mostrar ahora, como pudiendo hacer las veces de este objeto que tocamos en la dialéctica de la cura con el nombre de objeto parcial; la relación, entonces, de esas dos caras de la función *a minúscula*, con este índice, esta forma del objeto que está en el principio de la castración.

Ese ciclo no lo cerraré hoy. Por eso es que quiero introducirlo con dos fórmulas que respondan a una especie de problema que planteamos *a priori*. ¿Qué valor habría que darle a este objeto *a minúscula*, si está ahí justamente teniendo que representar, en la díada sexual, la diferencia, para que produzca dos resultados entre los cuales se sostiene hoy nuestra pregunta?

Pregunta que sólo podría abordarse por la vía que los conduzco, por cuanto es la vía lógica. Entiendo por ello: la vía de la lógica. La *diada* y sus incertidumbres, es lo que desde el origen, si se sabe seguir su huella, elabora la lógica misma.

No estoy hecho para volver a hacer aquí la historia de la lógica, pero básteme con evocar aquí, en la aurora del *Organon* aristotélico,⁸ que es por entero diferente a un simple formalismo, si saben sondearlo: en el primer punto de la lógica del predicado, se edifica la oposición entre los

⁷ *report*. Es también “aplazamiento” [T.]

⁸ Aristóteles, *Organon*, traducción al francés de Tricot, Vrin, reedición Paris, 1970.

contrarios y los contradictorios. Saben ustedes que, desde entonces, hemos hecho bastantes progresos, pero no es razón para no interesarnos en lo que constituye el interés y el estatuto de su entrada en la Historia.

Además no es... lo digo así, entre paréntesis, para quienes a veces abren los libros de lógica, para prohibirnos, cuando retomamos por las huellas lo que enunció Aristóteles –al mismo tiempo, ¡ni siquiera al margen!– introducir lo que, por ejemplo, Lukasiewicz⁹ le completó después. Digo eso porque en el libro, excelente además, de los dos Kneale¹⁰, me asombró una protesta, así, que surgía al voltear una página, porque para decir lo que dice Aristóteles, el señor Lukasiewicz, por ejemplo, llega a distinguir lo que depende del principio de contradicción, del principio de identidad ¡y del principio de bivalencia! ¡Eso es!

El principio de identidad es que A es A. Saben ustedes que no es claro que A sea A. Afortunadamente Aristóteles no lo dice ¡pero que se lo haga notar tiene sin embargo su interés!

Segundo: que una cosa pueda ser a la vez, al mismo tiempo, A y *no* A ¡es ya algo muy diferente!

En cuanto al principio de bivalencia, a saber, que una cosa debe ser verdadera o ser falsa ¡eso es además una tercera cosa!

Me parece que hacerlo notar aclara más bien a Aristóteles, y que hacer notar que Aristóteles seguramente jamás pensó en todas esas amabilidades ¡nada tiene que ver con el asunto!

Porque es precisamente lo que permite darle su relieve a aquello de donde vuelvo a partir ahora, a este burdo asunto de *contrarios*, primero, en tanto que, para nosotros (quiero decir, para lo que no está en Aristóteles pero que está ya indicado en mi enseñanza pasada), lo designaremos con el *no sin* (Esto nos servirá más tarde. ¡No se preocupen! ¡Déjenme guiarlos un poquito!).

Los *contrarios*, y eso es lo que realza toda la pregunta lógica de saber si la proposición particular implica, sí o no, la existencia. Esto siempre ha chocado enormemente. En Aristóteles, la implica incontestablemente, y hasta es ahí donde sostiene su lógica. Es curioso que la proposición universal no la implique.

Puedo decir: “todo centauro tiene seis miembros”. ¡Es enteramente cierto! Simplemente, no hay centauros. Es una proposición universal. Pero si digo (¡en Aristóteles!): “hay centauros que han perdido uno”, eso implica que los centauros existen, para Aristóteles. Intento reconstruir una

⁹ Lukasiewicz Jan, *La Syllogistique d'Aristote*, Oxford 1951, París, Colin, 1972.

¹⁰ Kneale William y Martha, *Development of Logic*, Clarendon Press, Oxford, 1962.

lógica que cojee menos... ¡en lo que al centauro concierne! Pero esto no nos interesa, por el momento.

Sencillamente, *no* hay macho *sin* hembra. Esto es del orden de lo real. Nada tiene que ver con la lógica. Por lo menos en nuestros días.

Y además, está el *contradictorio*, que quiere decir esto: si algo es *macho*, entonces no es *no-macho*, nada más.

Se trata de encontrar nuestro camino entre esas dos fórmulas distintas. La segunda es del orden simbólico; es una *convención* simbólica, que lleva un nombre, justamente: *el tercero excluido*.

Esto debe hacernos sentir suficientemente que no es por ahí por donde podremos arreglárnoslas; porque, al comienzo, hemos subrayado suficientemente la función de una diferencia, como estando esencialmente en el estatuto de la díada sexual. Si se la puede fundar – quiero decir, subjetivamente–, tendremos necesidad de ese tercero.

Intentemos, no intentemos... no hagamos la vil mueca de pretender intentar lo que ya hemos introducido, a saber, el estatuto lógico de lo contrario. De lo contrario puesto que aquí el *lo uno* y *lo otro* se oponen al *lo uno o lo otro* de acá.

Este *lo uno* y *lo otro* es la intersección -quiero decir, la intersección lógica- macho y hembra. Si queremos inscribir, como conviene, ese *lo uno* y *lo otro* bajo la forma de la intersección del álgebra de Boole, ello quiere decir esta luneta de recubrimiento espacial... ¡cuya figura estoy absolutamente consternado de tener que presentarles una vez más!

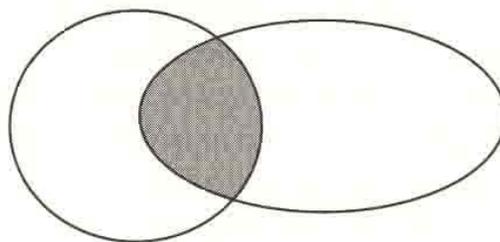


Fig. XVI-1

Porque, por supuesto, ¡ven bien que no los satisface de ninguna manera! Lo que ustedes querrían que es que hubiera uno que sea el macho y otro la hembra, y que, de cuando en cuando, ¡se pisoteen! No se trata de eso. Se trata de una multiplicación lógica...

Lo importante de recordarles esta figura booleana es recordarles, a diferencia de aquí, que es ese lugar tan importante del juego de cara o sello (en lo cual intenté formar a quienes me seguían los primeros años, por lo menos durante un trimestre, asunto de hacerles entender qué era el

significante), en oposición al juego de cara o sello que se inscribe lisa y llanamente en una sucesión de *más* o de *menos*, la relación de *lo uno* y *lo otro* se inscribe bajo la forma de una multiplicación, quiero decir una multiplicación lógica, una multiplicación booleana.

¿Qué valor –ya que de eso se trata– podemos suponerle al elemento de diferencia, para que el resultado sea, netamente, la diáda? Pero, por supuesto, en verdad está al alcance de todos saberlo. Todos ustedes conservaron por lo menos esto del tinte de las matemáticas que les enseñaron tan estúpidamente, si tienen más de 30 años, pero si tienen 20 tal vez tuvieron la posibilidad de escuchar hablar al respecto de una manera un tanto diferente ¡qué importa! Todos ustedes están en pie de igualdad respecto a la fórmula $(a + b)(a - b)$. Esta es la diferencia: hay uno que la tiene de más, el otro que la tiene de menos; si lo multiplican, da: $a^2 - b^2$. ¿Que se requiere para que $a^2 - b^2$ sea, netamente, igual a 2, a la diáda? Es muy fácil, basta con igualar lo que está escrito aquí, b , a raíz de menos uno. Es decir, a una función numérica que se llama *número imaginario* y que interviene ahora en todos los cálculos, de la manera más corriente, para fundar lo que se llama – extensión de los números reales– *el número complejo*.

Si se trata de especificar a de dos formas opuestas, con más algo y con menos algo, y que resulte 2, basta con igualarlo a i . Así es como se escribe, por lo común, de una manera resumida, y además mucho más cómoda, la función llamada imaginaria del $\sqrt{-1}$.

¡No crean que lo que les explico ahí deba servirnos para algo! Lo introduzco aquí, en el linde de lo que voy a explicarles, porque nos servirá después y porque aclara una aproximación: la que se nos ofrece como la otra posibilidad. A saber, si nos preguntamos por adelantado qué conviene obtener... –lo cual tal vez nos interesa también, porque es interesante saber también por qué, por qué en lo inconsciente, respecto al acto sexual, pues bien, justamente lo que ciñe, lo que marca la diferencia en primera fila sobre qué es el sujeto mismo, ¡pues bien!, no solamente nos vemos obligados a decir que eso queda al final, sino que se exige, para que sea un acto sexual ¡que eso quede al final! En otras palabras, que $(a + b)$ multiplicado por $(a - b)$ ¡iguale a... $a!$

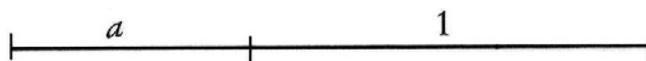


Fig. XVI-2

Para que esto sea igual a $a...$ –en lo que concierne a a , por supuesto, naturalmente no estoy hablando de este A de aquí.¹¹ El A de aquí, vamos a hacer que (igual que hace poco, cuando se trataba de obtener 2), vamos a hacerlo igual a 1.

¹¹ Pasaje incierto.

Se entiende que es $(1+i)(1-i)$ que es igual a 2.

$(1+a)(1-a)$ da a , a condición de que a sea igual a ese número de oro –es necesario volverlo a decir– del que me sirvo para introducir, para ustedes, la función del objeto *a minúscula*. Verifiquen, cuando *a minúscula* es igual al número de oro, el producto de $(1+a)(1-a)$ es igual a a .¹²

Aquí es donde suspendo por un tiempo, el tiempo de la lección que tengo que terminar, y del que quise proponer la *rejilla* lógica para ustedes.

Ocupémonos ahora de considerar el asunto respecto al acto sexual.

Lo que nos servirá para ocuparnos de eso es lo que justifica que hace poco haya introducido la fórmula de Marx.

Marx nos dice, en alguna parte de los *Manifiestos Filosóficos*,¹³ que "el objeto del hombre no es nada diferente a su esencia misma tomada como objeto"; que "el objeto también al que se remite un sujeto, por esencia y necesariamente, no es otra cosa que la propia esencia de ese sujeto pero objetivada". Algunas personas, de las cuales tengo algunas que me escuchan, han mostrado claramente el aspecto, diría yo, primario de esta aproximación marxista. Sería curioso que estuviéramos muy adelantados respecto a esta formulación.

A este objeto en cuestión, a esta esencia propia del sujeto, pero objetivada ¿no somos acaso nosotros quienes podemos darle su verdadera sustancia?

Partamos de esto (sobre lo cual los hemos apoyado desde hace mucho tiempo): que hay una relación entre lo que enuncia el psicoanálisis sobre el sujeto y la ley¹⁴ fundamental del sexo: la prohibición del incesto, por cuanto que, para nosotros, es otro reflejo, cuán suficiente ya, de la presencia del elemento *tercero* en todo acto sexual, por cuanto exige la presencia y fundación del sujeto.

No hay acto sexual (esta es la entrada en el mundo del psicoanálisis) que no lleve la huella de lo que se llama, impropriamente, la "escena traumática"; en otras palabras, de una relación referencial fundamental a la pareja de los padres.

¹² Entonces el número de oro de Lacan es el inverso del número de oro Φ de los matemáticos [S.].

¹³ Lapsus o error de transcripción; de hecho, esas tesis se le deben a Feuerbach en la introducción a *Das Wesen des Christentums* [Cfr. Feuerbach L., *La esencia del cristianismo*, Buenos Aires: Claridad, 2006, 2ª ed. Trad: Franz Huber. Capítulo I: "La esencia del hombre en general", págs. 13 a 23, para la segunda cita (p.25); Capítulo II: "La esencia de la religión en general", págs. 25 a 45, para la primera cita (p.16). T.]. A señalar la publicación de *Manifiestos filosóficos* de Feuerbach por Althusser en 1960.

¹⁴ "sobre el sujeto de la ley" [Sizaret].

Cómo se presentan las cosas en la otra punta, lo saben ustedes: Lévi-Strauss, *Estructuras elementales del parentesco*,¹⁵ es la mujer la que corre con los gastos del orden de los intercambios sobre el cual se instituye el orden del parentesco, lo que se cambia son mujeres, ¡sin importar de qué orden se trate, patriarcal, matriarcal! Lo que la lógica de la inscripción impone al etnólogo es ver cómo viajan las mujeres entre los linajes.

Al parecer, del uno al otro hay cierta hiancia. Pues bien, es lo que vamos a intentar indicar hoy, cómo ésta hiancia se articula para nosotros, es decir, cómo, en nuestro campo, se colma.

Hace poco señalamos que el origen del desenmascaramiento, de la desmitificación económica ha de buscarse en la conjunción de dos valores de diferente naturaleza. Es justamente aquello con lo cual tenemos que vérnosla aquí. Y todo el asunto para el psicoanalista es este: darse cuenta de que lo que causa problema del acto sexual no es *social*, pues es ahí donde se constituye el principio de lo social, a saber, en la ley de un intercambio.

Intercambio de mujeres o no, esto no nos concierne aún. Porque si nos damos cuenta de que el problema es del orden del valor, yo diría que, ya, todo empieza es aclararse suficientemente si se le da su nombre. Al principio de lo que duplica –de lo que desdobla en su estructura– el valor a nivel de lo inconsciente, está ese algo que hace las veces de valor de intercambio, por cuanto de su falsa identificación con el valor de uso resulta la fundación del objeto-mercancía. Y hasta puede decirse más: que se requiere el capitalismo para que esta cosa, que lo antecede en mucho, sea revelada.

Asimismo, se requiere el estatuto del sujeto, tal como lo forja la ciencia, de ese sujeto reducido a su función de intervalo, para que nos demos cuenta de que de lo que se trata, de la igualación de dos valores diferentes, tiene lugar aquí entre *valor de uso* y, ¿por qué no? lo veremos dentro de poco... y *valor de goce*.

Subrayo: *valor de goce* juega ahí el rol del *valor de cambio*.

Seguramente sienten ustedes enseguida que esta función de valor de goce tiene algo que concierne al CORAZÓN MISMO de la enseñanza psicoanalítica. Y que, tal vez, sea eso lo que nos permitirá formular de manera completamente diferente lo que concierne a la castración. Puesto que, en fin, si algo se acentúa en la noción misma, por más confusa que sea aún en la

¹⁵ Lévi-Strauss Claude, *Les structures élémentaires de la parenté*, 1ª edición publicada en 1947, París-La Haye, Mouton and Co. [D.]

teoría, de “maduración pulsional”, es justamente esto de que no hay acto sexual (quiero decir, en el sentido en que acabo de articular su necesidad) que no implique, cosa extraña, ¡la castración!

¿A qué se llama la castración?

¡No es, como en las fórmulas tan agradablemente adelantadas por Juanito, que se “desatornille el pequeño grifo”! Porque bien se requiere que permanezca en su lugar. Lo que está en cuestión es lo que se propaga por todas partes en la teoría psicoanalítica, de hecho: que él no podría tomar su goce en él mismo.

Estoy llegando al final de mi lección de hoy. De manera que, no lo duden, resumo. Volveré sobre esto la próxima vez. Pero solamente para acentuar esto, de donde querría partir, a saber, lo que tiene de esencial en nuestra materia esta ecuación de dos valores, llamadas de *uso* y de *cambio*.

Supongan al hombre reducido a lo que hay que seguramente decir (nunca se lo ha reducido a esto institucionalmente): a la función de semental en los animales domésticos. En otras palabras, sirvámonos del inglés, donde, como ustedes saben, se dice *she-goat* para decir cabra, lo cual significa un *ella-chivo*. Pues bien, llamemos al hombre como conviene: un *he-man*. Es perfectamente concebible – instrumentalmente. De hecho, si hay algo que dé una idea clara del valor de uso, es lo que se hace cuando se hace traer un toro para un cierto número de montas. ¡Y es bastante peculiar que nadie haya imaginado inscribir las estructuras elementales del parentesco en esta circulación del omnipotente falo!

Cosa curiosa, somos nosotros quienes descubrimos que ¡es la mujer quien representa este valor fálico!¹⁶

Si el goce –entiendo por ello el goce peneano– lleva la marca de la castración, es al parecer para que, de una manera que con Bentham llamaremos “ficticia”, sea la mujer la que llegue a ser aquello de lo que se goza.

¡Singular pretensión! que nos abre todas las ambigüedades propias de la palabra *goce*, por cuanto en los términos del desarrollo jurídico que éste implica a partir de ese momento, implica posesión.

En otras palabras, he aquí algo vuelto al revés: ya no es el sexo del toro, valor de uso, el que servirá para este tipo de circulación donde se instaura el orden sexual; es la mujer, en tanto se ha

¹⁶ “*cette valeur phallique, c’est la femme qui le represente*”: Sizaret señala que, al parecer, Lacan comete aquí un error de concordancia de géneros entre *valeur* (f.) y el *le*. Para preservar la inconcordancia eventualmente podría traducirse: “esta valía fálica, es la mujer quien lo representa”. [T.]

vuelto en esta ocasión, ella misma, el lugar de transferencia de este valor sustraído a nivel del valor de uso, en forma del *objeto de goce*.

¡Es muy curioso...! Es muy curioso porque eso nos arrastra. Si hace poco introduje, para ustedes, el *he-man*, heme aquí... (y además, de una forma muy conforme al genio de la lengua inglesa, que llama a la mujer *woman*, y Dios sabe si la literatura se ha burlado con ese *woe* ¡que no indica nada bueno! [risas]) yo la llamaría *she-man*, o también, en lengua francesa, con esa palabra que se prestará, a partir del momento en que la introduzco, a algunas burlas y, supongo, a enorme cantidad de malentendidos: *l*, apóstrofe, hombre-ella.

Introduzco aquí la *hombre-ella*! [*l'homme-elle*]¹⁷ [risas]. Os la presento, la sostengo con el dedo meñique; nos servirá mucho.

Toda la literatura analítica está ahí para dar fe de que todo lo que se ha articulado sobre el lugar de la mujer en el acto sexual sólo es, en la medida en que la mujer tiene la función de *hombre-ella*.

Que las mujeres aquí presentes no pestañeen, pues a decir verdad, es precisamente para reservar, en donde está, el lugar de esta *Mujer* (con M Mayúscula), de la que hablábamos desde el comienzo, que hago este comentario.

Tal vez todo lo que se nos indica sobre la sexualidad femenina (en la que, de hecho, conforme a la experiencia eterna, juega un rol tan eminente la *mascarada*, a saber, la manera como ella hace uso de un equivalente del objeto fálico, lo cual la hace desde siempre la portadora de joyas –*Las joyas indiscretas*,¹⁸ dice Diderot– en alguna parte); tal vez lograremos saber hacerlas por fin hablar.

Es muy particular que, de la sustracción en alguna parte de un goce que sólo se lo escoge por su carácter tan manejable –si me atrevo a designar así el goce peneano– veamos introducirse aquí, con lo que Marx y nosotros mismos llamamos *fetiche*,¹⁹ a saber ese valor de uso, extraído, fijado (un hueco en alguna parte), el único punto de inserción necesario para toda la ideología sexual.

Esta sustracción de goce en alguna parte, ése es el pivote.

¹⁷ *L'homme-elle, l'homélie*, la homilía, el sermón, la plática [T.]

¹⁸ Diderot Denis, “Les Bijoux indiscrets”, en *Œuvres complètes*, tomo 1, introducción de Roger Lewinter, París, Club Français du Livre, 1969. [D.].

¹⁹ Marx Karl, *El Capital*, Libro 1, “La mercancía”, primera sección, capítulo 4.

Pero no crean que la mujer –allí donde es la *alienación* de la teoría analítica y la de Freud mismo, quien es, de esta teoría, el padre lo suficientemente grande como para haberse dado cuenta de esta alienación en la pregunta que él repetía, *¿qué quiere la mujer?*, ¡no crean que la mujer, a ese respecto se encuentre más mal!... quiero decir que el goce *de ella*, le queda disponer de este de una manera que escapa totalmente a esta captura ideológica.

Es a partir de ahí que debemos calibrar la dificultad de lo que se trata respecto al acto, en cuanto al estatuto respectivo de los sexos originales; helos ahí, el hombre y la mujer, en lo que instituye el acto sexual –por cuanto lo que se podría fundar allí es un sujeto–, llevados a lo máximo de su disyunción, por el punto por donde los he conducido hoy. Porque si les hable de *hombre-ella*... ¿qué hay del *hombre-él*? ¡Desparecido! ¡Ah! ¡Ya no hay! Puesto que precisamente él es extraído, como tal, del valor de uso.

Por supuesto, eso no le impide circular *realmente*. El hombre, como valor peneano, circula muy bien. ¡Pero es clandestino! Independientemente del valor, ciertamente esencial, que tenga eso en el ascenso social. Por la mano izquierda, generalmente...

Diré más. No debemos omitir que, si el *hombre-él* no es reconocido en el estatuto del acto sexual en el sentido en que, en la sociedad, es fundador, existe una Sociedad Protectora... del *hombre-él*. Hasta es lo que se llama homosexualidad masculina...

Es en ese punto, en cierta forma marginal y humorísticamente precisado, que me detendré hoy, sencillamente porque la hora pone fin a lo que les había preparado.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila

Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L.,
Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R.,
Tania ROELEN H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos;
comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com